

Un Llamado Al Cuidado de Edén

De Gosheam Allum



*¿Qué pasaría si
escucháramos estas voces?
Si tomáramos conciencia
de que somos parte de esta
creación perfecta,
quizás podríamos revertir
el daño.*

UAM

BIBLIOTECA
PABLO ANTONIO
CUADRA

UN LLAMADO AL CUIDADO DE EDEN

En el principio, Dios creó los cielos y la tierra. Con palabras llenas de amor, separó las aguas, dio luz al mundo y cubrió la tierra de verdor. Cada árbol, cada río y cada criatura fue diseñado con un propósito divino, formando un ecosistema perfecto, un Edén donde la humanidad y la naturaleza coexistían en armonía.

Imagina ahora que los ríos hablan, que los árboles cuentan historias y que el viento lleva mensajes entre las montañas. El río murmura: “Fui creado para dar vida, para calmar la sed y alimentar los campos. Pero ahora, estoy enfermo. Los plásticos y desechos me sofocan.” El bosque interviene: “Mis ramas solían ser refugio, mi sombra albergaba vida. Ahora, mis árboles caen, y el canto de los pájaros es cada vez más tenue.” El viento, que alguna vez danzó libremente entre las hojas, ahora susurra con tristeza: “La contaminación ha silenciado mi canción.”

Ante estos clamores, la humanidad recuerda su papel como mayordomo de la creación, como el guardián que Génesis menciona cuando dice: “Y los bendijo Dios, diciéndoles: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla.” No para dominarla sin compasión, sino para cuidarla con sabiduría y gratitud.

¿Qué pasaría si escucháramos estas voces? Si tomáramos conciencia de que somos parte de esta creación perfecta, quizás podríamos revertir el daño. Reduciríamos los desechos, plantaríamos árboles, limpiaríamos ríos. Nos uniríamos al coro de la naturaleza, restaurando la armonía perdida. La humanidad tendría la oportunidad de redimir su papel, no como destructora, sino como protectora.

En Génesis, todo lo que Dios creó fue declarado “bueno”. Esa bondad aún persiste, esperando que volvamos a verla, a valorarla, a protegerla. El planeta clama por nosotros, por nuestra acción, por nuestra esperanza. Hoy, más que nunca, debemos ser guardianes del Edén que se nos confió. En nuestras manos está el poder de preservar este regalo divino, para que las generaciones futuras también puedan deleitarse en la belleza de la creación.